

mandó fusilar como reo de alta traicion. Una serie de circunstancias lamentables y no bien conocidas aún, determinaron la muerte de Ocampo.

En tanto que estos sucesos tenían lugar en México, los Estados Unidos eran presa de la guerra civil y se discutían á cañonazos las cuestiones de esclavitud y de Union: de ámbos lados se luchaba encarnizadamente y la orgullosa nación que un año ántes quisiera imponer á México su voluntad y se preparaba á desmembrar nuestro territorio, temerosa ahora de que le aplicáramos la ley del talion, dirigía una nota casi humilde al Gobierno liberal pidiéndole que no reconociese la beligerancia de los confederados; "el triunfo del gobierno de los Estados Unidos puede depender de la decisión, de una pequeña parte de la acción del gobierno y del pueblo mexicano." «Los archivos están llenos de quejas contra el gobierno mexicano por violacion de tratados, despojos y actos de crueldad contra ciudadanos norteamericanos, pero el Presidente no quiere hacer valer todavía esas reclamaciones, sino que espera á que el gobierno del Presidente Juárez tenga tiempo de cimentarse." ¡Qué diferencia entre este lenguaje y el usado por Buchanan un año ántes en su mensaje al ocuparse de México!

Los confederados por su parte enviaron agentes á México para decidir al Gobierno á que se inclinase á su favor, pero las circunstancias críticas por que atravesaba el país y los rumores de intervencion europea hicieron que Juárez no se deci-

diese por los Estados del Sur; por lo tanto, en vano fué que el famoso Mac Lane viniese á la Capital á abogar por la causa de los confederados recordando los servicios que los demócratas de los Estados Unidos habían prestado á los liberales mexicanos.

Este es el último episodio que merece relacionarse con el tratado de Veracruz, que, aunque no llegó á ratificarse, y no fué ciertamente por falta de diligencia de sus autores, quedará en la historia como una mancha indeleble que los liberales echaron sobre su partido, pues todos ellos, cual más, cual ménos, tuvieron algun participio en el tratado.

Ahora que la efervescencia ha pasado y que ya se pueden ir diciendo las verdades acerca de esa época luctuosa para la patria; ahora que con calma se pueden estudiar los documentos y los sucesos de entónces; ahora, será muy osado (y no creído) el que se atreva á negar que el pacto de Veracruz fué la obra maestra de todo el partido liberal y una monstruosidad que ni el ódio y la exageracion de los partidarios podrá disculpar jamás.

XXXII

Las revoluciones que se sucedieron sin interrupcion desde la época de la independencia hasta los días de la guerra de tres años, promovidas

en su mayor parte por ambiciones personales ó por pequeñas intrigas de partido, habían dado por resultado que los mexicanos casi sin saberlo se dividieron en dos grandes partidos que llegaron á un grado de desarrollo tal, que uno de ellos, para dominar en el país tenía que empezar por aniquilar completamente al otro.

La larga lucha de independencia, con tanto teson defendida por los primeros caudillos y sus inmediatos sucesores, que fueran cuales fuesen sus errores, supieron morir heroicamente en defensa de los principios que habían proclamado; esa lucha relajó de tal manera todos los vínculos de la sociedad antigua, adiestrando en la carrera de las armas á muchos hombres, que ni se lo imaginaban, despertando su ambicion de mando, y enseñando ó todos el menosprecio del principio de autoridad, que no podía producir ménos que una larga série de revoluciones. Si ellos hubieran hecho la independencia, que de todas maneras la habrían hecho, pues las frecuentes revueltas de la madre patria les hubieran proporcionado la oportunidad, las guerras civiles habrían durado ménos tiempo en nuestro país, pues despues de destruirse unos á otros, hubieran acabado por quedar extenuados y entónces un nuevo partido que se podría llamar nacional, habríase apoderado de los destinos del país y regídolo con acierto.

Pero no fué así: la revolucion de Riego en España, fué causa de que en México se formase violentamente un partido que para hacerse popular

creyó necesario hacer desde luego la independencia, forjándose la ilusion de que este mágico nombre le serviría de título perdurable para ejercer el poder. Aun contra su voluntad tuvo que aliarse con su antiguo antagonista y juntos ámbos colocaron el pabellon tricolor en el Palacio Nacional.

Mas esa union fué momentánea y una vez realizada la magna obra, los enemigos volvieron á quedar frente á frente y adoptaron la denominacion de *yorkinos* y *escoceses*. Ambos ignoraban aún lo que querían y adónde irían; sólo sabían que tenían un enemigo y á aniquilarlo se dirigieron sus esfuerzos. Los escoceses, más lógicos en sus ideas, pero ménos prácticos en la manera de ejecutarlas y ménos unidos, pretendieron darnos un gobierno semejante al que tuvo la colonia, en tanto que los yorkinos, más ignorantes, pero más atrevidos y más unidos, se lanzaron resueltamente por el camino de la novedad y quisieron instituciones que sólo de nombre conocían. La imprudencia de los primeros, que elevaron festinadamente un trono que presto se convirtió en cadalso y la forzosa transaccion con la República que tuvieron que hacer, fueron dos golpes rudísimos para su prestigio y para sus miras ulteriores. En cambio, los segundos, aunque habían logrado imponer nominalmente la forma de gobierno, no fueron tampoco más afortunados y teniendo en su seno el cáncer de las ambiciones individuales, presto se dividieron y dieron ocasion á que su enemigo se rehiciese repetidas veces.

Y atizadas las pasiones políticas por elementos extraños interesados en dividirnos y por las ambiciones personales que en tal estado de desorden tenían ancho campo para desarrollarse, dieron principio á esa série de revoluciones que desacreditaron al país á los ojos del extranjero, lo convirtieron en ludibrio de la primera escuadra que aportaba á nuestros puertos ó del primer diplomático que exigía una indemnización por perjuicios reales ó ridículos; y al fin consiguieron que fuera desmembrado escandalosamente.

Pero todas estas desgracias no pudieron conseguir que los partidos adquiriesen experiencia y que depusiesen las armas al ver que ya bajo un pretexto ú otro, lo único que conseguían era destrozar el seno de la Patria y hundirla en la más completa ruina: no quisieron ver que en la impotencia de cada uno por sujetar á su rival, sólo conseguían como resultado práctico una espantosa anarquía y acaso la pérdida de nuestra nacionalidad. En vano fué que personas respetables y que comprendían todos estos males pensasen atacarlos y pretendiesen remediarlos volviendo los ojos á las pasadas instituciones y queriendo que un gobierno monárquico en la forma y en el fondo nos devolviese la paz y la prosperidad: en vano fué tal idea, pues habíamos llegado á ser ingobernables y nuestro único remedio era una mano férrea que por la fuerza se nos impusiese.

Mas no había llegado aún la hora de la paz y los partidos, rejuveneciéndose y tomando los nuevos

nombres de liberales y conservadores, empezaron otra lucha más sangrienta que las anteriores: por un momento pareció que la victoria era de los segundos, pues los primeros cometieron la aberración de dictar una Constitución para un pueblo ignorante en su gran mayoría y que sólo sabía pelear bravamente en los campos de batalla; presto sin embargo conocieron su error y entónces bajo la máscara de la Constitución tendieron definitivamente á la dictadura, en tanto que los conservadores, sin querer aquella no se decidían de una manera franca por ésta. Y como no había ya el tercer partido, el moderado, que en las grandes crisis se había hecho cargo de la situación y cargado con las inmensas responsabilidades de los otros dos, la lucha tenía que ser de vida ó de muerte.

Entónces una idea hasta esa época vergonzante y mal recibida, fué adquiriendo consistencia é infiltrándose en la mente de algunos partidarios, bien que éstos la considerasen de distinta manera segun su credo: esa idea fué la de la intervención extranjera, que si bien para muchos liberales era el triunfo de sus ideas, para pocos conservadores resolvía el problema de la paz y tranquilidad interiores. Pero esa idea debía pensarse mucho, pues podía resultar contraproducente y ser causa de mayores males, por la ambición natural que despertaría un país con fama de rico y privilegiado; además, era necesario ver bien la clase de esa intervención, pues la puramente moral podría ser-

nos benéfica, en tanto que la material acaso sería causa de dilatadas guerras.

La intervención más peligrosa era la más natural y la más fácil: los Estados Unidos, que situados en el mismo continente, á inmediaciones de nosotros y disfrutando de prosperidad, eran los que estaban en aptitud de dar más eficaz auxilio; pero en cambio sus antecedentes, su política poco aprensiva y su teoría del *destino manifesto*, los constituían en los más peligrosos enemigos de nuestra nacionalidad. Las grandes naciones de Europa, por su parte, alejadas de nosotros, teniendo radicados aquí considerables intereses y cuidadosas por su propia conveniencia de la existencia de nuestra nacionalidad, nos ofrecían una garantía relativa: no obstante, pocos partidarios había aquí de esa intervención que rechazaban aun los principales jefes del partido conservador.

Los liberales, que eran ménos escrupulosos en la elección de los medios, no quisieron ver en la intervención norteamericana todos los peligros apuntados, é irreflexivamente la buscaron y si ésta no tuvo lugar tal como se la imaginaron, no fué ciertamente por omisión de ellos, sino por los sucesos que tenían dividido al país vecino, sucesos que lo obligaban más á preocuparse de sus propios intereses, que á buscar aventuras internacionales.

Las etapas más notables de esa solicitud por la intervención de los Estados Unidos, fueron el tratado Mac Lane y la escaramuza de Anton Lizar-

do, sucesos ámbos que además de la mancha que trajeron sobre sus autores, los expuso al ridículo del fiasco, pues ámbos fueron desaprobados, el uno por el Senado y el otro por la Corte federal de los Estados Unidos: esos sucesos sin embargo sirvieron para dar á los liberales una estabilidad de la que carecían y fueron los cimientos del triunfo que despues alcanzaron por poco tiempo: así como tambien fueron la causa de la intervención europea que al ver traducirse en hechos las pretensiones del Norte y de la raza sajona en el hemisferio occidental, no quiso consentir en que México desapareciese del mapa de las naciones.

Los liberales, triunfantes, olvidaron sus compromisos y reconocieron muchos errores y acaso esta es la única atenuante de la conducta de esos gobiernos que despues de buscar todas las probabilidades del triunfo, se avergonzaban de los medios empleados y procuraban hacerlos olvidar, acordándose un poco de la patria á la que ántes habian ofrecido como una mercancía.

Por esa razón tambien no tienen disculpa ninguna los que no habiéndose encontrado en tan agudas crisis, han olvidado ese programa y roto los diques que separaban á dos países antagonistas, con riesgo probable de que las olas siempre crecientes de la invasión pacífica nos sepulten para siempre.

En aquella lucha última entre conservadores y liberales aquellos quedaron aniquilados y aunque se creyó que con la desaparición de un partido se

cimentaría la paz, presto se vió lo ilusorio de tal creencia en las subsiguientes revoluciones: muerto un partido, los vencedores, no teniendo ya principios por que pelear, se dividieron y volvió nuevamente el periodo de las personalidades. La profunda desmoralizacion que cuarenta y cinco años de revueltas había originado, seguía produciendo sus amargos frutos, y el partido de los vencedores desde el día de su triunfo, y obediendo una ley ineludible, empezó á entrar en decadencia y á buscar ídolos; hasta que la dictadura no vino con mano de hierro á refrenar ambiciones y á acabar con ambiciosos, no ha llegado la era de paz, por desgracia transitoria, de que disfrutamos.



EL BRINDIS DEL DESIERTO.

Providencial verdaderamente ha sido que hasta hoy no se haya escrito la historia de México independiente, pues no pueden apellidarse historias las obras que existen y que relatan los hechos acaecidos en nuestra patria, desde la época de nuestra emancipacion: escritas algunas por partidarios preocupados que por más buena voluntad que tuvieran no podrían desprenderse de sus preocupaciones; otras, inspiradas por el espíritu de partido, sólo tienden á denigrar al contrario y á ensalzar al propio, crean falsos ídolos, hacen grandes hombres de los que son seres despreciables, olvidan el mérito y la virtud para ensalzar el vicio y el escándalo y desnaturalizan por completo el carácter de los personajes y de las épocas por complacer á su capricho y á sus correligionarios otras, escritas por personas que no podían disponer ni de los documentos ni del talento indispen-